



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

Día 22 de mayo a las 19:00 horas

Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026

DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ

Rector



“Encontrar por quién ser valientes”

QUERIDOS GRADUADOS Y GRADUADAS,
QUERIDA MADRINA JULIA,
QUERIDA ALEJANDRA,
QUERIDOS FAMILIARES,
VICERRECTORES,
DECANOS Y DIRECTORES,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORES, Y PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
QUERIDA SECRETARIA GENERAL,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Celebramos años de esfuerzo silencioso. Horas de estudio. Trabajos entregados de madrugada. Exámenes que parecían imposibles. Decisiones difíciles. Cambios de rumbo. Dudas. Aprendizajes. Y también amistades, descubrimientos y momentos que probablemente recordaréis toda la vida.

Hoy celebramos un hito importante: la culminación de un recorrido exigente y transformador. Queridos graduados, ¡enhorabuena! Vuestro esfuerzo, vuestra perseverancia y vuestro compromiso os han traído hasta aquí. Esta ceremonia es testimonio de vuestro trabajo y, al mismo tiempo, marca el comienzo de nuevos y apasionantes caminos.

Recibir una formación en una institución como Comillas es mucho más que adquirir competencias técnicas o conocimientos de gestión. Significa formar parte de una larga tradición educativa que, como todas las obras de la Compañía de Jesús, está profundamente arraigada en la realidad de cada lugar —en una ciudad, un país, una cultura— y, al mismo tiempo, abierta al horizonte global, a las necesidades y esperanzas de la humanidad.

DISCURSO DE GRADUACIONES 2025/2026

Nuestro deseo es que esta experiencia os haya ayudado a mirar el mundo con profundidad, con compasión y con sentido de responsabilidad.

Y permitidme empezar dando las gracias a quienes muchas veces viven esta graduación casi con la misma intensidad que vosotros: vuestras familias, quienes os han sostenido cuando ni siquiera vosotros estabais seguros de poder llegar hasta aquí.

Gracias también a profesores e investigadores, que no solo transmiten conocimientos, sino que ayudan a despertar preguntas importantes en las personas.

Y gracias al personal que hace posible la vida cotidiana de una universidad: quienes gestionan horarios, bibliotecas, laboratorios, becas, aulas, plataformas, incidencias informáticas, mantenimiento, seguridad. Las universidades funcionan gracias a muchas personas cuyo trabajo casi nunca recibe aplauso. Para ellos os pido también un aplauso.

Y es lógico empezar dando las gracias. Nadie se gradúa solo. Nadie llega solo hasta aquí. La universidad puede parecer a veces una experiencia muy individual: mis notas, mi carrera, mi futuro. Pero en realidad toda vida humana es profundamente compartida. Aprendemos gracias a otros. Crecemos gracias a otros. Nos sostenemos gracias a otros. En realidad, nos hacemos unos a otros. Aprendemos a hablar porque alguien nos habló primero. Aprendemos a confiar porque alguien nos sostuvo. Descubrimos quiénes somos gracias a la mirada, el cuidado y también la exigencia de los demás. Incluso nuestra libertad depende de una red previa de afectos, instituciones y personas que hacen posible que crezcamos. Pensar que uno puede construirse completamente solo no solo es falso; es peligroso. Produce vidas aparentemente exitosas, pero profundamente solitarias. Produce sociedades donde todos compiten, pero pocos se sienten responsables de los demás. Produce personas que triunfan y, al mismo tiempo, incapaces de pertenecer a ningún sitio.

Por eso quizá una universidad jesuita entiende especialmente bien que la

excelencia nunca es una aventura solitaria. San Francisco Javier, uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, pasó gran parte de su vida viajando solo: cruzó océanos, aprendió lenguas desconocidas, llegó hasta los confines de Asia y murió lejos de su tierra, mirando hacia una China que nunca llegó a pisar. Y, sin embargo, en todos esos años y viajes nunca se sintió aislado. Antes de partir, Ignacio y sus compañeros habían formado una comunidad tan profunda que Javier llevaba consigo un recuerdo extraordinario: las firmas de sus compañeros guardadas en una pequeña caja cosida cerca del corazón, dentro de la sotana. Como si quisiera recordar, en cada tormenta y en cada puerto desconocido, que incluso cuando uno parece caminar solo, nunca deja de llevar consigo a quienes le dieron fuerza y sentido de comunidad.

Quizá esa sea también una de las lecciones más importantes para quienes hoy os graduáis. La vida os llevará lejos: a otras ciudades, otros trabajos, otros países; hacia responsabilidades nuevas y desafíos que todavía no podéis imaginar. Pero ojalá recordéis esto: pertenecéis a una comunidad, llevarla en el corazón. Lleváis las voces de quienes os educaron, el afecto de quienes caminaron a vuestro lado y el ejemplo de quienes creyeron en vosotros incluso antes de que vosotros mismos lo hicierais. Y quizá el verdadero éxito no consista simplemente en llegar lejos, sino en convertirlos, para otros, en esa misma clase de presencia que un día hizo posible vuestro propio camino.

Con frecuencia confundimos la excelencia humana con los resultados: un buen expediente, una carrera brillante, productividad, eficacia, reconocimiento social. O la entendemos como una exigencia permanente de superación, como la obligación de “dar siempre más”. Pero ambas visiones son insuficientes. La primera reduce la excelencia a la utilidad y al rendimiento; la segunda la convierte en autoafirmación y perfeccionismo. Y tampoco basta identificarla solo con bienestar personal, equilibrio emocional o habilidades relacionales. Todo eso es importante, pero la excelencia humana es algo más profundo y exigente.

En la tradición universitaria jesuita hablamos de excelencia humana integral: formar a la persona entera —inteligencia, afectividad, libertad, sentido ético,

DISCURSO DE GRADUACIONES 2025/2026

capacidad de relación y apertura a los demás—. La formulación clásica que Alejandra nos recordó lo resume muy bien: formar “hombres y mujeres para los demás”. Porque la excelencia no se mide únicamente por lo que uno logra, sino por y para qué pone en juego sus capacidades. Pero seamos sinceros. Graduarse también produce vértigo. Porque fuera de aquí nadie os garantizará trayectorias lineales. Habrá incertidumbre. Cambios. Errores. Fracasos. Decisiones equivocadas. Ojalá os hayamos enseñado también que fracasar no os convierte en un fracaso. Vivimos en una cultura que premia mucho la apariencia de seguridad. Pero la vida adulta suele consistir más bien en aprender a avanzar sin garantías completas.

Teniendo aquí a Julia Navarro, cito aquí una novela de otro escritor que se llama **Project Hail Mary**, recientemente convertida en película, de Andy Weir, que me parece especialmente luminosa para un día como hoy. El protagonista descubre que es la única persona capaz de embarcarse en una misión para salvar a la humanidad. Y cuando llega el momento decisivo, dice a su directora con absoluta honestidad: “No soy suficientemente valiente”. Y entonces recibe esta respuesta: “Nadie es suficientemente valiente para algo así. Tendrás que encontrar por quién ser valiente”.

Creo que esa frase resume muy bien lo que significa vivir con propósito. No estamos aquí porque no tengamos miedo al futuro. Lo tenemos. Todos lo tenemos. Yo lo tengo. La diferencia la marca aquello —o aquellos— por quienes decidimos avanzar de todos modos a pesar de nuestro miedo. Vuestras familias. Las personas a las que cuidaréis. Los alumnos a los que enseñaréis. Los pacientes a los que atenderéis. Las organizaciones que ayudaréis a transformar. Las personas vulnerables cuya vida quizá cambie gracias a vuestro trabajo. Las comunidades religiosas, parroquias a las que serviréis. El coraje rara vez nace de la ausencia de miedo. Casi siempre nace del amor, de la responsabilidad y del compromiso con otros.

Por eso espero, junto a vuestros profesores, que vuestro paso por esta universidad no os haya preparado solo para tener una profesión, sino

también para ayudaros a hacer preguntas importantes: ¿Qué tipo de personas queréis ser? ¿Qué clase de sociedad queréis ayudar a construir? ¿A quién servirá vuestro talento y vuestro trabajo? No tengáis miedo de implicaros. Participad. Defended a quienes no tienen voz. Involucraos en vuestra comunidad, en asociaciones, en iniciativas sociales, en proyectos políticos honestos, en espacios de encuentro y reconciliación. El mundo cambia cuando alguien decide dejar de ser espectador.

Sed también una generación capaz de tender puentes. En una sociedad marcada por las divisiones y los discursos del miedo, necesitamos personas que crean en el diálogo, y en la riqueza de la diversidad. Vuestra formación os ha dado herramientas para competir, pero espero que también os haya enseñado a colaborar, a cuidar y a construir comunidad.

Tenéis la suerte, además, de vivir en un momento extraordinario. En muy pocos años, la inteligencia artificial ha ampliado enormemente nuestras capacidades: puede resumir libros, redactar textos, traducir, organizar información o ayudarnos a investigar con una rapidez impensable hace apenas una década. Sería absurdo negar su utilidad. Bien utilizada, puede ser una gran herramienta. Pero una herramienta no sustituye una formación, del mismo modo que la velocidad no sustituye al criterio, ni la información sustituye a la sabiduría.

Porque existe un riesgo silencioso: empezar a confundir fluidez con comprensión, apariencia de conocimiento con verdadero juicio personal. Uno puede producir textos brillantes sin haber pensado realmente; puede sonar informado sin haber desarrollado una mirada propia sobre el mundo. Y, sin embargo, estar bien preparado, ser competente, no consiste solo en generar resultados aceptables. Consiste en ser una persona capaz de buscar la verdad, de hacerse preguntas difíciles, de discernir, de asumir responsabilidad de lo que dice y de lo que se hace. Hay tareas que ninguna máquina puede hacer por vosotros: leer con atención, sostener una duda, juzgar entre argumentos contradictorios, formar criterio, aprender a mirar las cosas con profundidad.

DISCURSO DE GRADUACIONES 2025/2026

No porque las máquinas sean débiles, sino porque esas tareas solo transforman cuando las realiza una persona. No hay atajos tecnológicos para convertirse en una persona cabal y digna.

Porque no debéis olvidar nunca que transformar el mundo comienza por transformar la propia vida. Cada gesto de honestidad, cada decisión ética, cada acto de compasión, cada compromiso con la verdad fortalece el tejido democrático y humaniza nuestra sociedad. Eso no tiene atajos. Requiere pensar, discernir actuar con coherencia en cada pequeña o gran decisión de la vida.

La misión de la universidad es y ha sido invitaros a que seáis vosotros mismos la esperanza que el mundo necesita. Porque la verdadera grandeza de una universidad no se mide solo por sus rankings, por sus publicaciones o por la belleza de sus edificios. Una universidad se mide, sobre todo, por la calidad humana de sus egresados, vosotros. Por las vidas que transformareis. Por la justicia que ayudareis a construir. Por la honestidad con la que ejerceréis el poder. Por la compasión con la que mirareis a los demás.

Permitidme, como teólogo unas palabras a los estudiantes de teología, que no os pide solo ser buenos especialistas en ideas religiosas, sino hombres capaces de unir inteligencia, hondura espiritual y servicio. Cultivad una mente rigurosa, sí, pero también un corazón libre, cercano y compasivo; sed personas capaces de escuchar, de discernir y de acompañar a otros en medio de un mundo complejo. No olvidéis nunca que el conocimiento teológico solo alcanza su verdadero sentido cuando ayuda a servir mejor, a comprender más profundamente al ser humano y ser transparencia de Dios y nunca obstáculo para que la gente se acerque a Él.

Para finalizar, quiero invitaros egresados a volver a esta vuestra casa. Volved no solo físicamente, sino también simbólicamente: volved a los valores que aprendisteis, a las amistades que habéis tejido, a los ideales que aquí se

sembraron. Llevad en el recuerdo en vuestro corazón y en la mente poque tener un lugar donde eres conocido, donde tienes historia, donde puedes reencontrarte, es uno de los dones más grandes de la vida. Dice la Biblia el Eclesiastés que hay un tiempo para cada cosa. Y vuestro tiempo hoy es que el mundo os necesita.

Id al mundo con alegría, con confianza, y, sobre todo, con corazones agradecidos. Que cada paso que deis sea una respuesta viva a todo el bien que habéis recibido.

Muchas gracias y enhorabuena.